

Nuevas tecnologías, la explotación extraterrestre y el futuro del capitalismo *una profundización de un tema mencionado en “Una apuesta para el futuro”*

Uno de los temas mencionados en “Una apuesta para el futuro” que fue recibido con escepticismo o incluso con risas fue la afirmación de que la colonización del espacio exterior podría ser la única salida para el capitalismo de las crisis que ha generado.

Queríamos comenzar el 2017 dedicando un poco de atención a esta afirmación.



2017 es el año del Premio Lunar

X de Google, la corporación norteamericana (y tan importante para el capitalismo del siglo XXI como era Ford para el capitalismo del siglo XX) que ofrece \$20 millones a la primera empresa que consiga enviar una nave a la luna, conducir 500 metros sobre la superficie y transmitir imágenes de alta definición. Pero tiene que suceder este año. Hay diversos equipos que se están preparando para conseguir el desafío.

Uno de los cuales es Moon Express, que ya ha conseguido un permiso legal del gobierno de los EEUU para realizar explotaciones comerciales a la superficie de la luna. Si llega a la luna—y ya tiene la financiación necesaria y un calendario de lanzamientos de prueba—no sólo ganaría el Premio, sino también llevaría una carga comercial que representaría el primer paso en habilitar un servicio de entregas de equipaje a la luna, el cual haría factible la minería de Helio-3 (combustible valioso para los reactores nucleares) a la luna.

Otra empresa, Planetary Resources, dice que la minería de metales y agua a los asteroides podría ser un negocio de trillones de dólares. Para ellos, el agua (y su hidrógeno, lo cual puede servir de combustible para las naves espaciales) “es el petróleo del espacio exterior”. No son palabras vacías. Es una empresa más con un plan de negocio y la tecnología necesaria para comenzar a realizar las explotaciones imaginadas.

El 14 de enero, Space X volvió al espacio exterior. Es una de las empresas de Elon Musk (quien también está preparando vehículos autónomos—es decir, robóticos o autoconduciendos—para la venta comercial; la tecnología ya funciona y el único obstáculo son los reglamentos legales), el billonario que tiene como cruzada personal la colonización de Marte en las siguientes dos décadas. La empresa arregló un error en el diseño de sus cohetes i el día 14 emprendió un lanzamiento exitoso, desplegando 10 satélites comerciales del mismo cohete, lo cual, posteriormente, volvió a la Tierra automáticamente, aterrizando en un buque dron de Space X que le esperaba—con una tripulación totalmente robótica—en medio del Océano Pacífico. Los cohetes autónomos y reutilizables (se podría decir, ecológicos)son uno de los fundamentos del plan de Musk para llegar a Marte. Ya ha calculado un plan de negocio para desarrollar la tecnología y conseguir los recursos para cumplir la misión.

No son empresas aisladas o insignificantes. El Estado también está prestando atención a la colonización extraterrestre. El Tratado del Espacio Exterior de la ONU, 1966, dice que no se podría armar ni apropiarse como territorio al espacio ni a los objetos espaciales, y que cualquier actividad económica tendría que ser pacífica y para el bien de toda la humanidad. A 2015, en el Commercial Space Launch Competitiveness Act, el gobierno de los EEUU matizó la cuestión legal, estableciendo el derecho legal de empresas privadas para explotar la luna, los asteroides y otros objetos espaciales. Cede a las entidades privadas el derecho de explotar y vender el producto de tales objetos, pero no de apropiarse del objeto en sí. En efecto, se podría minar la luna hasta vaciarla, pero las empresas privadas con sus fábricas robóticas no podrían considerarse los propietarios.

La burbuja de los dotcom, que estalló el año 2000, demuestra que se puede invertir un capital inmenso en empresas que no generan ningún beneficio durante unos cuantos años antes de que estalle (en ese caso, fueron seis años). De hecho, no estalló hasta el momento en que unas nuevas corporaciones mostraron la capacidad de volverse rentables y productivas, corporaciones que hoy en día son entre las más potentes del mundo, como Google, Amazon y Facebook. Estamos al comienzo de una fase de inversión y crecimiento masivos en el nuevo sector de transportación y explotación extraterrestre. Los capitalistas emprendedores de este sector tienen la ventaja de que la base logística de su sueño (todo lo que va ligado con el lanzamiento de satélites, con sus imprescindibles usos militares y comerciales) ya está corriente y rentable. De forma parecida, Colón no tuvo que inventar los barcos de larga distancia ni los instrumentos de navegación (los cuales ya habían sido desarrollados por los portugueses en los lujosos circuitos de comercio del Océano Indio), sino simplemente darles un uso más extremo.

Tienen unos cuantos años para producir beneficios en la explotación extraterrestre antes de que se estalle la burbuja. Si lo consiguen, el capitalismo volverá a experimentar un crecimiento intensivo y el momento de máxima vulnerabilidad de las instituciones y la máxima rabia popular habrán pasado.

La colonización extraterrestre ya no es un tópico de la ciencia ficción. Pero hablando de la ciencia ficción, también tenemos que señalar la gran producción imaginaria por parte de Hollywood y otros centros de trabajo cultural, que nos lleva la mirada a la colonización del espacio. Desde siglo XIX han aparecido, de vez en cuando, obras que planteaban los viajes fuera de la Tierra, pero la actual producción frenética no es ni cualitativa ni cuantitativamente comparable. Tiene como efecto no sólo la normalización de la actividad extraterrestre sino también nos acostumbra a imaginar como serían los primeros pasos para llevar nuestra civilización y la economía capitalista más allá de la fuerza de gravedad de la Tierra.

Estamos al cúspide de un acontecimiento tan importante para el avance del capitalismo y la guerra contra la vida como era la colonización de las Américas. Como ha dicho Bob Richards, jefe de Moon Express, “Ahora estamos libres para zarpar como exploradores al óctavo continente de la Tierra—la Luna—en búsqueda de nuevos conocimientos y recursos para expandir la esfera económica de la Tierra para el bien de toda la humanidad.”

Ante esta nueva realidad en construcción, ¿qué tenemos que hacer?

La fetichización de las nuevas tecnologías, muy comuna entre ciertos círculos de antagonistas sociales, es la autotraición más cruel posible, comparable a la celebración racista y miópe del colonialismo brindado por Marx y sus seguidores adulatorios.

El luddismo no tiene que ser un rechazo de “toda tecnología” (entendida como toda herramienta que los seres humanos hemos desarrollado en los últimos cien mil años) y de hecho, los primeros ludditas,

tergiversados por Marx y otros progresistas, no rechazaron las técnicas artesanales que les permitían mantener el control sobre su actividad productiva, sino rechazaron las imposiciones tecnológicas que beneficiaron a los propietarios y que cambiaron violentamente sus formas de vida, y rechazaron el poder policial que posibilitaba aquellas imposiciones. El pirateo, hackeo y reapropiación de las tecnologías es una corriente vital que podría existir en un conflicto fértil con las corrientes más naturistas. Pero la adulación populista de toda nueva tecnología que nos podría ser de cualquier forma útil es un gesto de apoyo acrítico al Estado y al capitalismo.

Un primer paso es la elaboración de una crítica, y sobre todo una práctica subversiva, respecto las nuevas imposiciones tecnológicas sobre nuestras vidas.

También nos enfrentamos con la tarea teórica de concebir como estos cambios afectarán al capitalismo. Como habíamos afirmado en “23 Tesis”, el régimen de propiedad que define la sociedad de clases ya está caducando. El espacio exterior—por ejemplo una luna sin propietario, però con muchos explotadores—podría ser el terreno ideal para desplegar un nuevo régimen de explotación, basado en el uso y acceso y no en la propiedad (una relación demasiado estable para el gusto del Estado y los financieros).

Otro asunto es el del trabajo. Diversos socialistas del siglo XIX se confundieron y predijeron que los avances tecnológicos significarían el estreno de una sociedad de ocio y abundancia. Que no cometamos el mismo error teórico ahora. El Estado inventa trabajo para ocuparnos. La rentabilidad es una necesidad secundaria. El trabajo productivo al espacio exterior será sobre todo robótico. Esto forma parte de la misma tendencia de la robotización del trabajo industrial a la Tierra. Pero esta robotización en absoluto ha significado una reducción en la mano de obra humana a escala global. Significa, al contrario, una ampliación del trabajo asalariado humano a los sectores de servicios, cuidados, trabajo sexual, ingeniería y diseño. Los últimos dos serán el terreno de los trabajadores privilegiados, el capital intelectual por lo cual competirán los estados, los productores de las mercancías etéreas de la nueva economía (estamos pensando en los empleados de Google y Apple, de las corporaciones antiguas que se han adaptado a la nueva economía o de los pequeños startups, que producen programas, estéticas y sistemas).

Los otros—servicios, cuidados, trabajo sexual—son faenas feminizadas que ahora se volverán más generalizadas. ¿Cuál efecto tendrá, para el patriarcado, la monetización y generalización de las faenas antes no remuneradas que antaño definían el ser mujer y la segregación patriarcal? Dejamos la respuesta a compañeras más perspicaces, pero de paso podemos señalar por un lado las nuevas leyes en diversos países democráticos que ceden ciertos derechos a las personas trans y por el otro lado el contraataque de las instituciones patriarcales dentro el auge extenso de la derecha.

El primer acontecimiento reconoce, de forma estrictamente limitada, la mutabilidad del género, contradiciendo así una de las bases del patriarcado. Actualmente, la ala progresista del Estado presenta el género como una opción consumista más, así desactivando los elementos más conflictivos de la transgresión de género, pero es una contradicción que no se puede mantener permanentemente. Por lo tanto, es diferente a la victoria del feminismo reformista que ganó derechos políticos y laborales para “la mujer” a coste de la pérdida de los espacios femeninos autónomos, un *quid pro quo* que preservó el poder de las instituciones. En aquella línea, podemos anotar que, contra el progreso rezagado de la igualdad de sueldos, apoyado mínimamente por las instituciones, las nuevas faenas bien remuneradas están todas al sector firmemente masculino de la informática.

El capitalismo siempre ha dependido de la esclavitud, pero la posición de la esclavitud dentro los procesos productivos y reproductivos va cambiando, muchas veces como respuesta a nuestra

resistencia (abolición de la esclavitud visible dentro las democracias, movimientos feministas por la valoración del trabajo reproductivo, luchas autónomas dentro las fábricas automovilísticas...). Lo que ayer era una esfera de trabajo no remunerado, mañana será asalariado y *vice versa*. La faena femenina entra en el mercado laboral y la faena productiva vuelve a ser una labor no remunerada. Pero esta vez, los esclavos son robots y su actividad es cien por cien legible, racionalizada y vigilada: bajo el control del Estado. La transición no será ni inmediata ni homogénea. Seguramente pasarán unas décadas antes de que los sectores de la madera, chocolate y otros a los países más pobres lo encuentran rentable reemplazar sus esclavos humanos por robots.

La tendencia de la robotización sólo hará incontrovertible tanto nuestra incapacidad de tomar los medios de producción como la imposibilidad de aquella propuesta. La mayoría de los trabajadores productivos serán robots y los otros conformarán la capa más privilegiada de los explotados. Esta realidad ya se ha asentado en gran parte de la producción automovilística, el proceso industrial que definía la época anterior del capitalismo. Las empresas automovilísticas más modernas y las empresas de aparatos informáticos ya tienen fábricas mayoritariamente robotizados, fabricando productos ideados por ingenieros y diseñadores bien remunerados, los obreros altamente formados mediante múltiples carreras, que entienden la faena como la autoactualización de su ser, gente ligada a los medios de producción y leal al capitalismo.

Será todavía más marcada al espacio exterior, donde casi el 100% de la fuerza laboral será robótica, empleada en minar los combustibles (energía verde como las células de hidrógeno y la nuclear) que propulsarán el siguiente ciclo de acumulación de capital. I aquello ciclo se definirá como la extensión de circuitos productivos a un nuevo territorio: la luna, el cinturón de asteroides y Marte. Así se preparará el terreno para el posterior ciclo de acumulación, lo cual sí que podría involucrar más mano de obra humana: la terraformación y población de Marte (siguiendo el patrón identificado por Arrighi, un ciclo de expansión geográfica e institucional, seguido de otro ciclo que intensifica la explotación y el control dentro el terreno anteriormente colonizado).

Los medios de producción son y siempre han sido una máquina de devastación. No los queremos y ahora ni podríamos proponer su expropiación. En el siglo XXI no nos queda ningún otro remedio que reivindicar y practicar la recuperación de los conocimientos y capacidades artesanales que ponen la vida y la supervivencia, a una escala sana y natural, al alcance de todo el mundo. Pero este camino de lucha, como cualquier otro, ya está minado de trampas. La trampa principal es la comercialización. Con más consumidores privilegiados—los diseñadores, los programadores, los arquitectos de sistemas—se puede sostener más productores artesanales, sobre todo cuando los gustos de los anteriores demuestran una marcada preferencia por lo eco y local. Consideramos el ejemplo de la agricultura. En un futuro próximo, es factible que la eficiencia energética (cuantos calorías de energía para producir una caloría de alimentos) se convierta en una medida para valorar el uso del capital. Una agricultura más sostenible, más eficiente en cuanto al uso energético, tendría que substituir las máquinas y el petróleo con más mano de obra humana. Ante el peligro de una población sin empleo, los capitalistas—y sino, el Estado—siempre tienen que inventar nuevas formas de faena. Y la crisis ecológica se muestra cada vez más grave. Una posible solución sería que el capitalismo fomente la agricultura local, aprovechándose de sus nuevas capacidades para la descentralización. De este modo, tomaría grandes pasos adelante para solucionar la crisis ecológica (creada en gran parte por la agricultura industrial), daría empleo a más gente, ofrecería a los consumidores privilegiados un producto-fetiché y colonizaría a la agricultura de pequeña escala, transformándolo en una actividad legible y comercial cuando antes era siempre una fuente de resistencia y autonomía. A los países más pobres, en la ausencia de muchos consumidores privilegiados y un Estado fuerte, las ONGs podrían gestionar el proceso; de hecho, ya lo están haciendo. A los Estados Unidos, donde la parte de la población involucrada en una agricultura hiper-industrializada ya había caído por debajo de un por

ciento, este giro hacia el crecimiento agrícola mediante la producción a pequeña escala ya se está produciendo. Mercados de cultivadores, sobre todo en las zonas de mucha producción informática, ya han vuelto del olvido a ser una vez más cotidianos.

La nueva artesanía, para ser subversiva, tendría que ser luddita, basada en prácticas de sabotaje y en redes ilegibles (es decir, opacas desde arriba) de intercambio cualitativo (es decir, economías de regalo, como en las colectivizaciones más radicales durante la Guerra Civil). Pero hoy en día, las máquinas más relevantes para sabotear no son los telares mecánicos sino las máquinas sociales, las que median la comunicación, producen y controlan las redes de socialización y sociabilidad, y definen una manera de ser en el mundo.

No podemos seguir utilizando argumentos de conveniencia. El capitalismo también es malo en los momentos de bonanza; la tecnología capitalista también es mala cuando funciona bien y no provoca ningún desastre específico. El único camino de ataque discursivo que nos queda es el enfrentamiento directo con la espiritualidad cristiana que tanto la ciencia como el socialismo han heredado: el mundo, el universo, no existen para la nuestra explotación. No hay ningún argumento racionalista (ni dentro los parámetros de la corriente más radical del liberalismo, que es el veganismo) contra la minería de la luna. No se dañará a ningún ser humano ni a ningún otro animal, y según el racionalismo, todo lo demás es materia muerta. Los únicos argumentos sólidos contra las nuevas atrocidades son espirituales. Afirman que la Tierra es nuestra madre y que deberíamos adaptarnos a los procesos naturales en vez de moldearlos según nuestros caprichos arrogantes; que llenar o la Tierra o la Luna de agujeros en búsqueda del mineral valioso de torio es tan imperdonable como masacrar un pueblo entero. Los que aprovecharon de argumentos científicos para justificar el genocidio, la esclavitud, la minería y la tala indiscriminada de bosque enteros son los mismos, y sus instituciones son las mismas, que los que hoy en día están celebrando la inminente conquista de la luna y Marte. Y las tecnologías que nos llevarán allá (hablando de los cohetes) las desarrollaron los Nazis en el curso del mismo Holocausto que el liberalismo tan hipócritamente rechaza, sin nunca rechazar sus frutos. Pero hemos acatado al humanismo durante tanto tiempo que ya no podemos levantar nuestras voces en protesta ante una atrocidad que carecerá de víctimas humanas. Pero ni las personas desgraciadas que no les parece mal *per se* la minería a la luna pueden negar que cualquier introducción de nuevos recursos a la maquinaria capitalista acelerará los procesos que nos están creando una sociedad-cárcel aquí a la Tierra.

La elección es entre ecocentrismo y totalitarismo.

– Josep Gardenyes

Enero de 2017